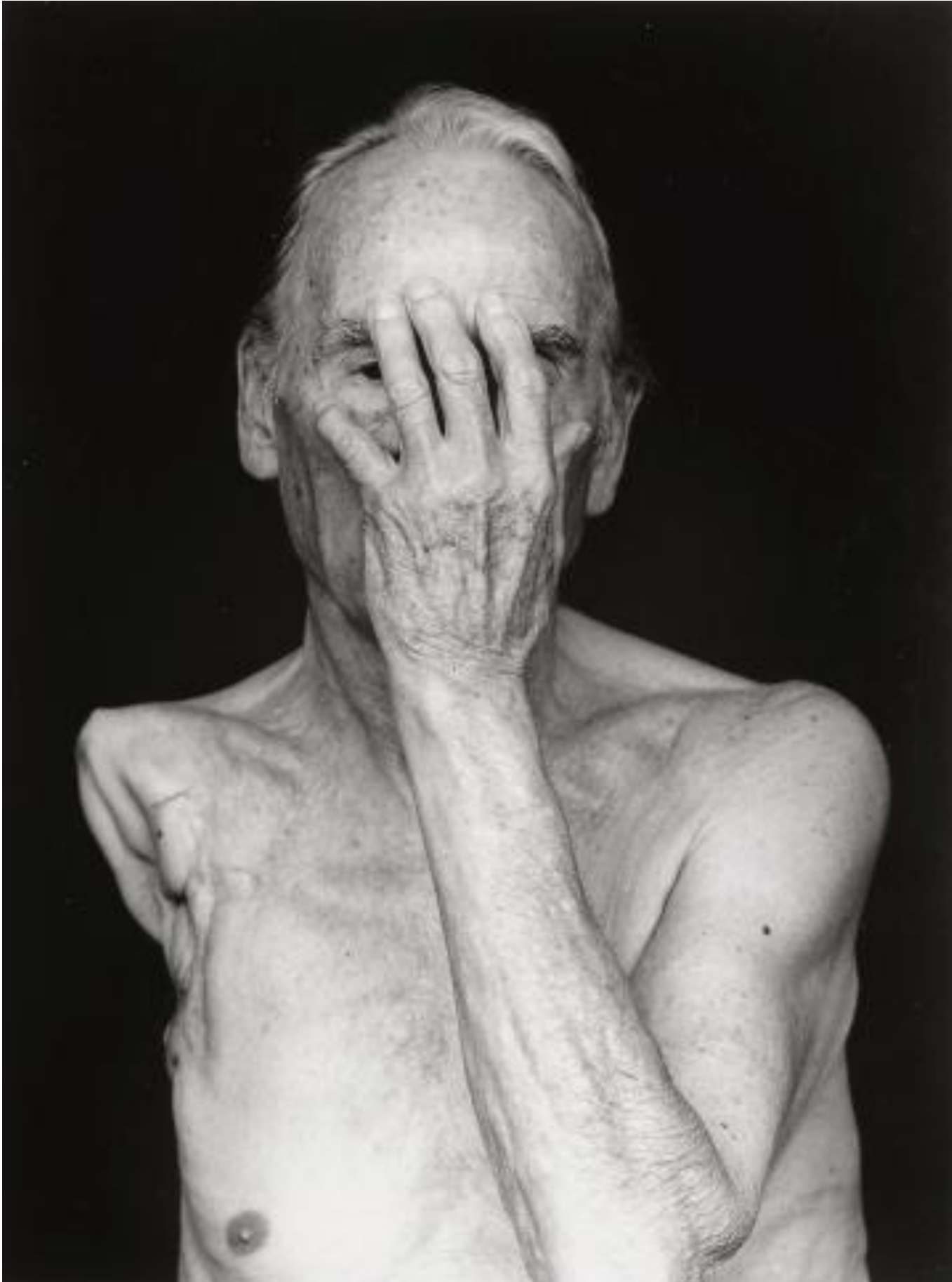


MEMORIA Y OLVIDO

(Conferencia inédita, con notas autobiográficas, pronunciada en Madrid con la ocasión de una exposición de fotografías de Humberto Rivas, 2006)



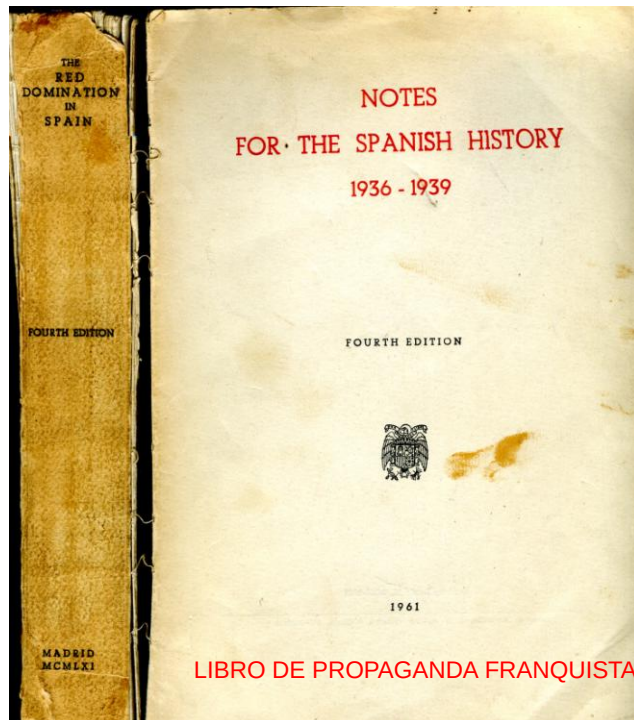


Si miramos la fotografía como una luz que nos llega del pasado, tenemos que explicar a través de las palabras el origen de esa luz. Así, las fotos de Humberto Rivas nos transportan a un momento que no vemos, a un momento de destrucción y espanto, a los años 1936-1939 en España.

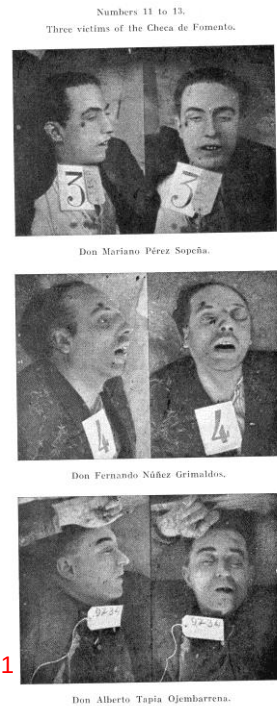
La exposición de Humberto Rivas me ha hecho plantearme una pregunta personal, ¿qué significa para mí la Guerra Civil española?, y, por otro lado, una pregunta colectiva: ¿cómo nos llegan los ecos de las guerras en general?

Partiendo de la base de que sólo desde el dolor personal podemos entender el dolor de los otros, mi dolor de la guerra es el dolor que padecieron mis padres, mis abuelos y mi familia más cercana.

Mi primer encuentro con los horrores de la guerra fue a través de un libro publicado inglés que me regalaron en el Consulado de España de París a mediados de los años 60.



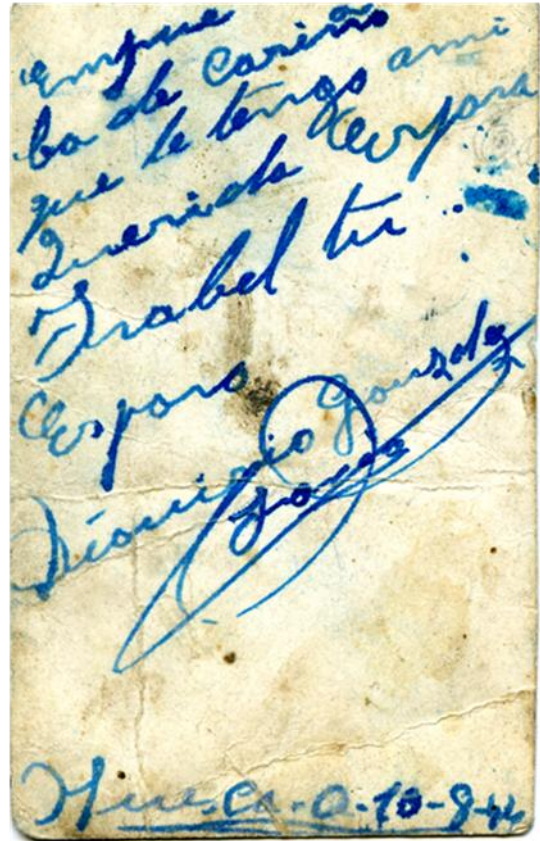
LIBRO DE PROPAGANDA FRANQUISTA, 1961



Al igual que Humberto Rivas expone las huellas de la guerra en los rostros de algunos hombre y mujeres que la padecieron, yo vi la guerra por primera vez en este libro de propaganda franquista y en los rostros y los relatos de la guerra de mis abuelos; por cierto, el apellido de mi abuela también era Rivas.



Mi padre también estuvo en la guerra y su amargura tuvo mucho que ver con las secuelas que le dejó aquella. Nos obstante, desde Huesca, donde después hizo la mili, le escribía tiernas palabras de amor a mi madre en el dorso de una foto.



Mi padre hizo la guerra y le escribía a mi madre en el dorso de las fotos

Nada trágico ni en su rostro ni en sus palabras; la tragedia vendría después, como consecuencia, en parte de la guerra: en su frustración ante la desastrosa realidad económica a la que tuvo que enfrentarse diariamente para sacar su familia adelante.

Dada la desastrosa situación económica en la que quedó España después de la Guerra Civil, mi familia tuvo que emigrar a Francia y allí murió mi padre en 1969, y allí se quedó enterrado, lejos de su tierra natal, La Mancha.



Estas huellas de la guerra, las del hambre y la emigración, son difícil de fotografiar, pero ahí las tenía yo muy a mano, aunque no supiera exactamente por qué pasábamos tantas penurias y por qué teníamos que mudarnos de un lugar a otro, primero en España y luego en Francia. Yo, en verdad, estaba encantado con todos estos viajes. Y aunque en España había bebido mucha leche en polvo y queso donado por los norteamericanos, yo no podía saber que aquello era consecuencia de que en España había habido una Guerra Civil. En

verdad, mis padre casi nunca hablaban de la guerra hasta que yo empecé a hacerles preguntas cuando la descubrí brutalmente en aquel libro que me regalaron en el Consulado de España de París. Y entonces mi madre me empezó a hablar de la guerra y yo empecé a ver en su rostro esas huellas que Humberto Rivas ha visto en los hombres y mujeres fotografiados por él.

He aquí mi madre que se llama Isabel Cañas Rivas.



Pero esas huellas de la guerra que Humberto Rivas nos presenta a través de las ruinas y de los rostros arruinados por el sufrimiento, a veces se encuentran en detalles menos obvios, más sutiles: en formas del comportamiento de las personas que han padecido la guerra, formas de comportarse que son resonancias de

un pasado de dolor y sufrimiento. Por ejemplo, en las secuelas que han dejado los años del hambre. Así, mi madre, acumula obsesivamente alimentos en grandes cantidades, como si una guerra inminente estuviera a la vuelta de la esquina. A mi madre lo que le produce pavor no es un tanque o una ametralladora, sino que es un frigorífico vacío y una casa donde no hay pan.

Pasemos ahora a ver cómo se archivan y cómo se organizan los objetos y las imágenes que nos recuerdan la muerte.

Como podemos ver, las fotos de Humberto Rivas están hechas para ser expuestas en un museo imaginario de la guerra civil española; diríamos que sería una forma estética, poética, de aludir a la guerra como una ausencia, un silencio, un vacío evocador.

Mi madre, por su lado, ha creado por su cuenta su propio museo personal de sus hijos muertos durante las dos últimas décadas. Un museo personal donde los vivos y los muertos están juntos. El gran ausente del museo particular de mi madre es mi padre, el que sí hizo la guerra. Así, al ocultar las fotos de mi padre, mi madre ha hecho lo que se suele hacer en los museos de las guerras: se muestra sólo lo que la sociedad dominante quiere que se vea; el resto se oculta o se ignora. En el caso de mi madre ella sólo quiere recordar a sus hijos, no a su marido y, por lo tanto, no expone ninguna foto de él en su casa, en su museo particular.



Los museos de la guerra son un fenómeno que, en el caso de la Guerra Civil española, se inicia en 1938 con una sorprendente exposición organizada por las tropas franquistas en San Sebastián.





Exposición, San Sebastián 1938, Hotel el Kursaal





Pero este fenómeno (relacionado con las guerras en general) se ha convertido en un lucrativo negocio turístico en el mundo entero. Así, en una guía turística de Londres aparece esta descripción del Museo Imperial de la Guerra: “Este galardonado museo muestra al público los conflictos bélicos en los que se ha visto inmerso el Reino Unido, retratando los sucesos de la Primera y Segunda Guerra Mundial. Este museo de la guerra también aborda con gran sensibilidad y **elegancia** otros conflictos armados. Podrá vivir la experiencia de caminar en las trincheras y conocer de primera mano cómo fue el dramático periodo en el que Londres fue sistemáticamente bombardeada por los nazis”. Claro que el injustificado bombardeo y destrucción de de Dresde, una de las ciudades históricas más hermosas de Alemania, en 1945, por los aviones británicos y norteamericanos no hace parte de esta exposición. Ahora los historiadores más objetivo han incorporado la conmemoración del bombardeo aéreo del 13 de febrero de 1945 de Dresde a la larga lista de ataques a criminales a civiles en ciudades como Guernica, Varsovia, Coventry, Leningrado, Hamburgo, Hiroshima, Monrovia, Sarajevo, Grozny y Bagdad.

Se pueden hacer todo tipo de especulaciones sobre cómo el horror de la guerra, los desastres naturales, la pobreza, se han convertido en el objeto de los recorridos turísticos (en Nueva York, en Río de Janeiro, en Hiroshima, y recientemente en Nueva Orleans). Paralelamente a la rápida asimilación del horror como espectáculo por

parte de la industria del turismo, los artistas, especialmente los fotógrafos, han hecho de esos mismos lugares y museos el objeto de sus obras. La diferencia consistiría en que las fotos que hacen los turistas poseen una sola intencionalidad: la de testimoniar que ellos estuvieron allí y mostrar esas fotos a familiares y amigos. Las fotos de los artistas quieren decirnos algo más y están hechas para ser expuestas en espacios donde un público que aprecia el arte irá a verlas. Las fotos de los turistas describen, las de los artistas sugieren que en lo banal puede esconderse algo esencial que se nos ha escapado a nuestra mirada turística.

En estos museos, invisibles ante la mirada del turista, y del fotógrafo, están la sangre derramada de los heridos y de los muertos, el estruendo de las bombas y de los derrumbes de los edificios, los árboles calcinados, las atrocidades cometidas, la penuria y el hambre, la muerte en general. Lo inquietante, pues, es lo que no se ve, lo que no se enseña, lo que no se oye ni se huele, a lo que sí apuntan esas huellas de las que nos habla con sus fotografías Humberto Rivas.

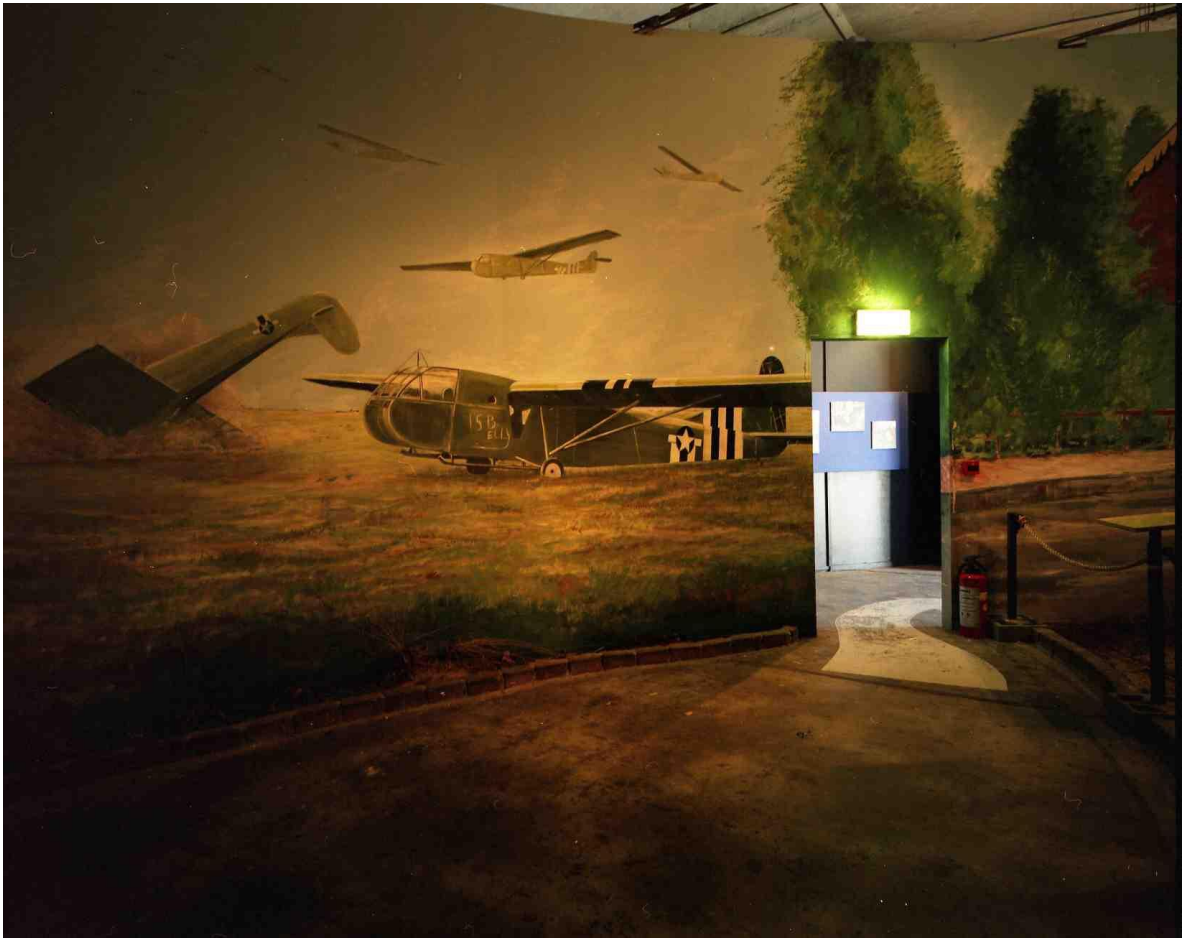
Estamos, pues, ante un espectáculo arqueológico, de arqueología emocional e industrial: los objetos que se presentan en los museos de la guerra han perdido toda su funcionalidad y nos instalan, desde la cómoda realidad en que vivimos, frente al horror que otros vivieron; las ruinas y los rostros que fotografía Humberto Rivas nos hablan, desde el silencio, del horro de la Guerra Civil española.

Un joven fotógrafo español, Iván Pérez, ha realizado una serie titulada "Warshow". Este fotógrafo dedicó más de cuatro meses a visitar Museos de la guerra (algunos hasta cinco veces) como el antes citado, y también el National Army, el HMS de Belfast, que es un barco de guerra, en Bélgica en el Atlantic Wall Museum, y ocho museos holandeses, un pequeño país que posee más de treinta museos de la guerra. El trabajo de Iván Pérez es, pues, un proyecto que ha implicado un compromiso con un tema central para todos nosotros, la guerra, pero la guerra tal y como nos la presentan "envasada" en los museos.

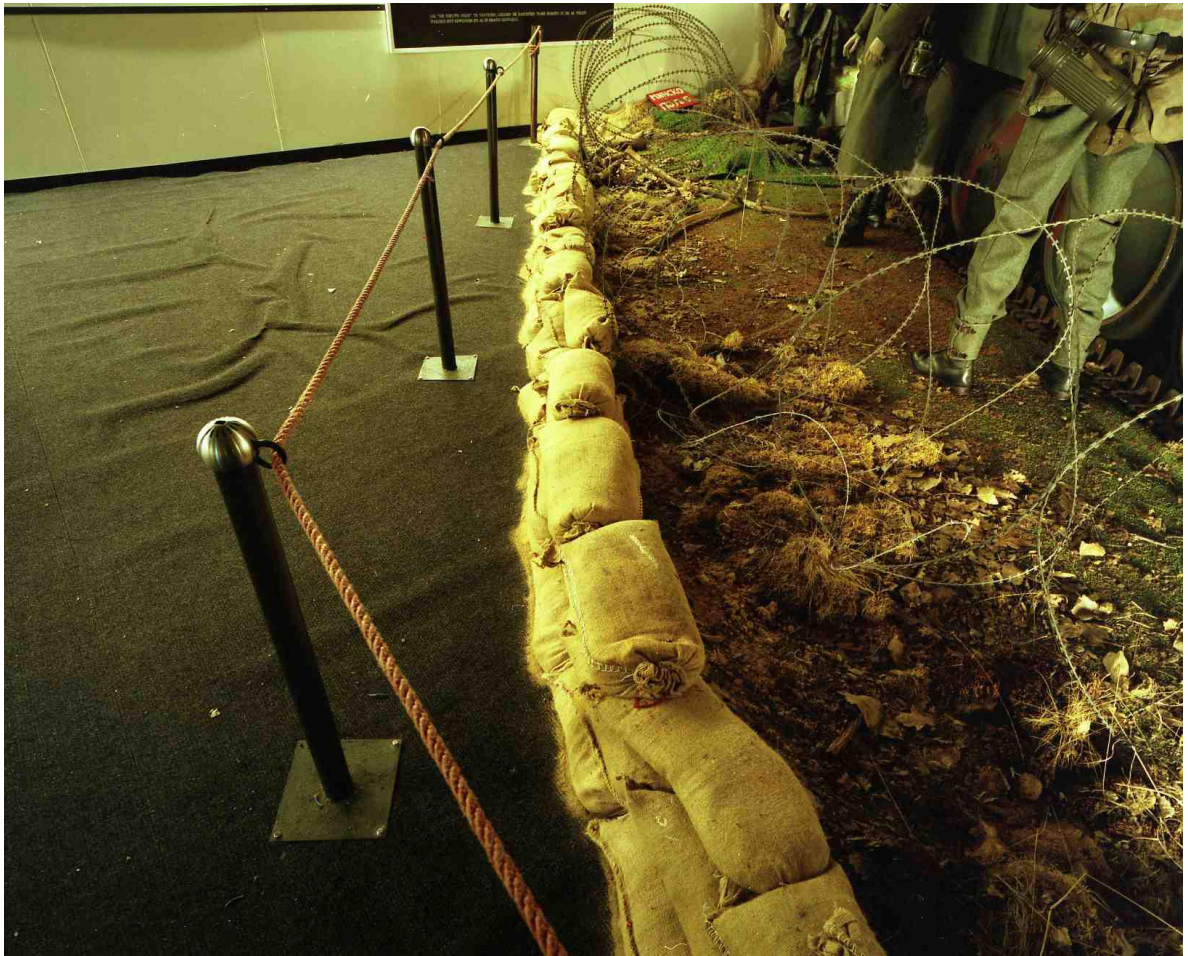






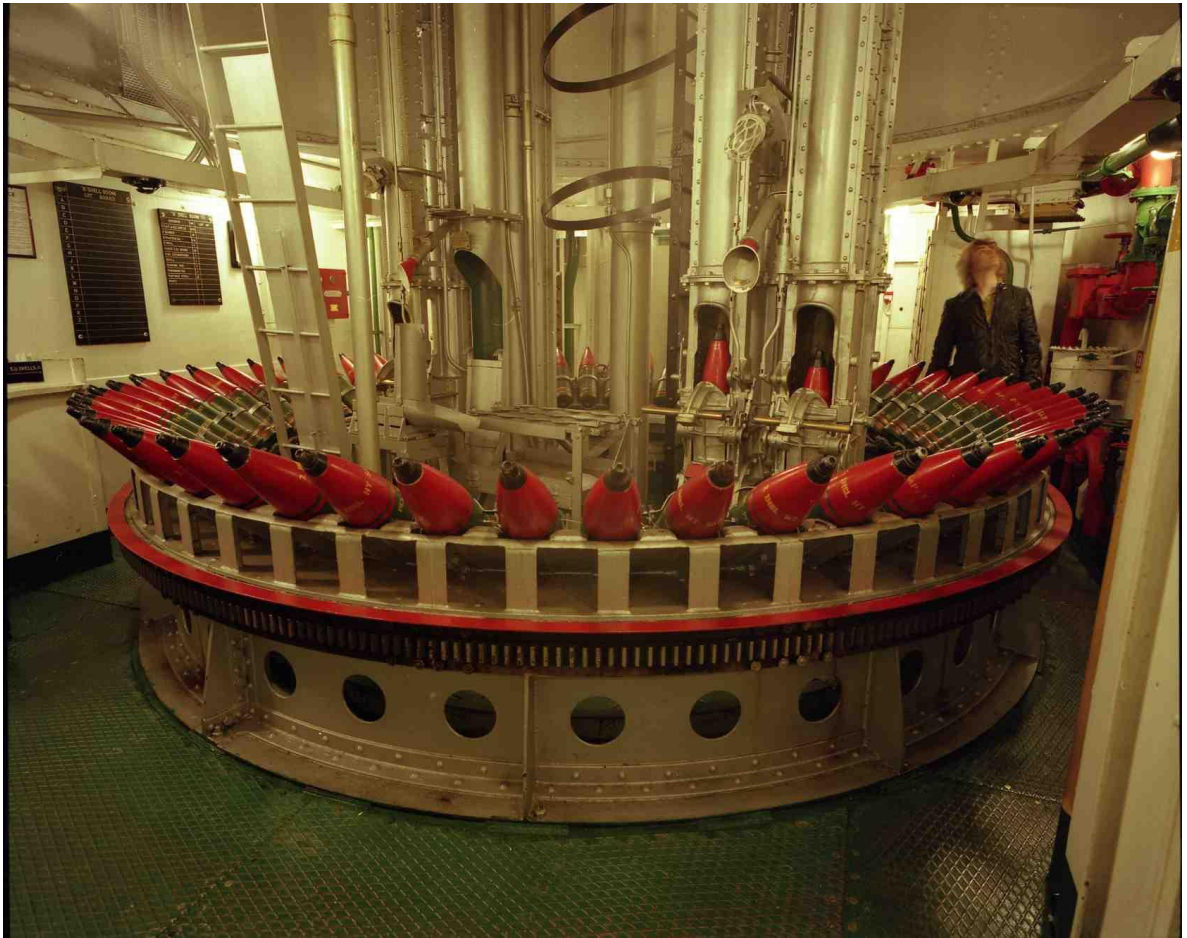














Además del indiscutible valor estético de las fotografías de Iván Pérez (como era el caso de las de Humberto Rivas), estas piezas aportan una mirada reflexiva, es decir, nos sitúan de una manera crítica, en el sentido de pensante, ante otro tipo de memoria histórica que no es la de la de las buenas intenciones didácticas de los museos que ha fotografiado, sino ante el ser humano que busca la aventura en lo que no ha vivido, en los museos, en las pantallas de la televisión.

Lo terrible de todo este asunto es que las guerras están sucediendo ahora mismo, en otros lugares del mundo, pero con la misma dosis de horror que las guerras evocadas por las fotos de Humberto Rivas y por estos museos que hemos mencionado, y que

nosotros, los pacíficos espectadores, las vemos en una pantalla, mientras alegremente charlamos de los éxitos deportivos, de la alta calidad de algún restaurante o del lugar que visitamos en nuestras últimas vacaciones a Holanda donde en la descripción de uno de los museos que ha fotografiado Iván Pérez, el Verzetsmuseum, se puede leer que una visita a este museo de la guerra “puede ser una parte agradable del viaje de cualquier persona que vaya a Amsterdam”. O en Cartagena, Murcia, en las que la guía turística local dice lo siguiente: “el Refugio-Museo de la Guerra Civil constituye un espacio para la memoria, en el que mediante toda una serie de elementos audiovisuales se revelan los modos de vida de una población asediada continuamente por bombardeos aéreos”.

Este, posiblemente, sea un museo “objetivo”, en el sentido de que al final de su recorrido se presenta un “elogio de la Paz”. Lo más preocupante es cuando nos enfrentamos a algún museo de fotografías de la guerra española (o de cualquier otra guerra) en el que se pone énfasis en justificar el horror si ha sido cometido por los que esas fotos consideran “los buenos”, algo que sucede igualmente en las conversaciones diarias sobre el asunto de la guerra en España y de otras luchas armadas.

En el caso de las fotos de Iván Pérez lo primero que se constata es la artificialidad de los escenarios, el inquietante silencio de los maniqués de los soldados, la pulcritud de los espacios y de los objetos: tanques, cañones, bombas, armas, camiones gigantes,

aviones, escenarios del cielo y de la tierra pintados, la mirada vacía del maniquí de un soldado americano, un grupo de mujeres que hablan alegremente junto a una gigantesca máquina de guerra. En las fotos de Humberto Rivas lo que vemos es el resultado destructivo producido por esas armas que ahora son parte de un museo.

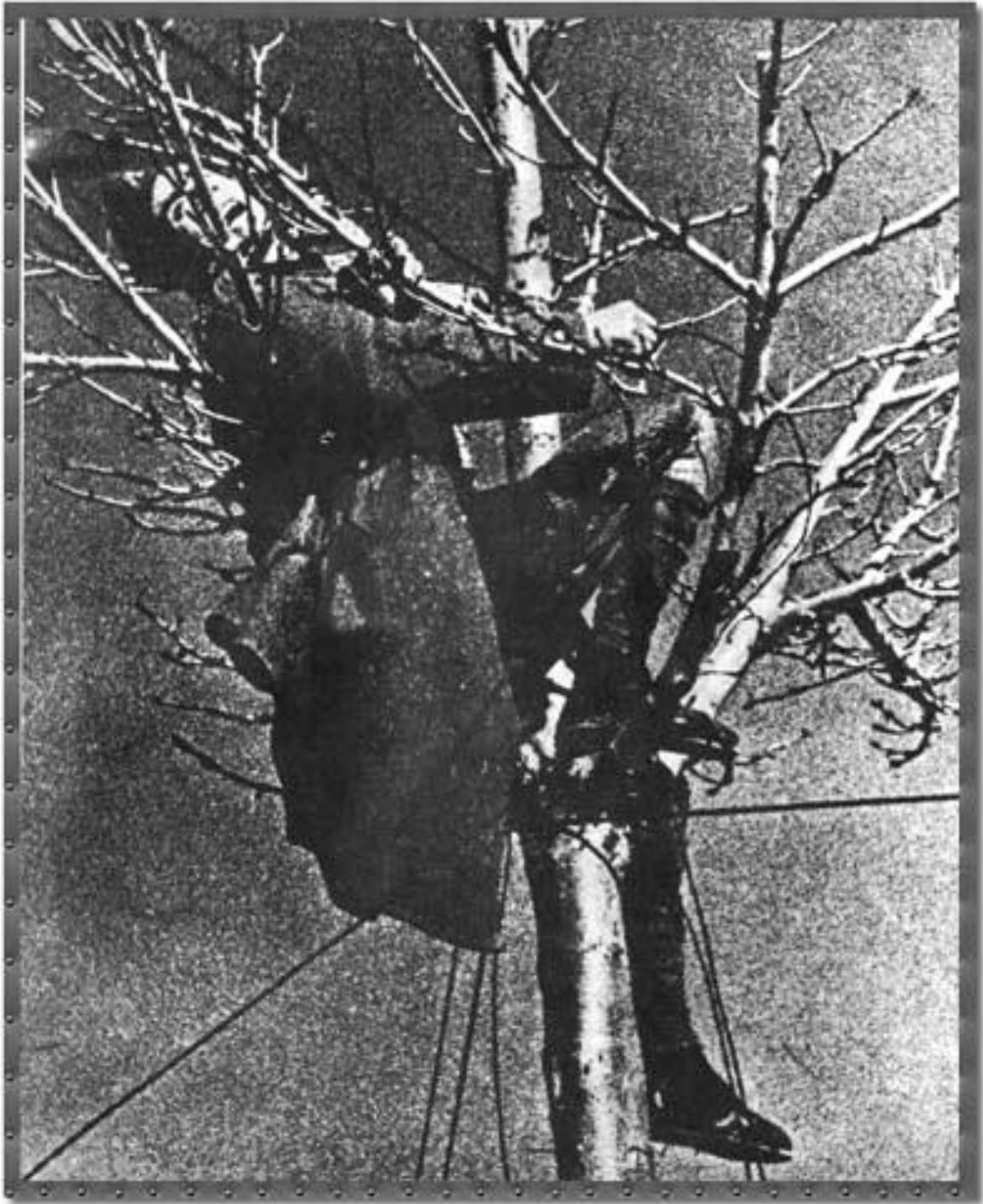
Tanto las fotos de Humberto Rivas como las de Iván Pérez pueden producir cierta empatía con los que han sufrido las guerras. Pero entender el dolor de los otros no significa que sentimos el dolor ajeno en nuestra propia carne. El sufrimiento de los demás también lo podemos ver como un espectáculo o como una obra de arte. Entonces se desactiva la sensación de dolor y se activa la experiencia estética; o también puede ocurrir que las dos experiencias se mezclen y el disfrute estético y la empatía emocional se confunden en un sentimiento ambiguo que podríamos definir como trágico-placentero.

Más allá de los museos y de las fotografías de la guerra, el horror sucedió y sigue sucediendo, y las fotografías de lo que fue la guerra civil española y de lo que son las guerras que están ocurriendo actualmente, nos recuerdan que la brutalidad de una contienda bélica sólo la podemos ver en los ojos de aquellos que la padecieron y la padecen ahora. Las fotografías son un “recordatorio”, es decir, una imagen que por mucho que la enmarquemos y la colguemos en un museo, o que la congelemos en la pantalla de un televisor, un monitor o un ordenador, esta imagen se dirige directamente a

nuestro corazón y a nuestra mente, no sólo para mirarlas sino también para decirnos algo: que la crueldad humana no se termina nunca y que las guerras sucedieron, están sucediendo ahora mismo y volverán a suceder en el futuro.



Robert Capa



Robert Capa



Agustí Centelles. Bombardeo de Lérida, 1937.



Robert Capa



Guerra de Irak, 2008



Guerra de Irak, 2008

Para elaborar esta conferencia me he servido de varios textos: Roland Barthes, ***La chambre claire***, 1980. Susan Sontag, ***Regarding the Pain of Others***, 2003. Traducido como *Ante el dolor de los demás*, 2004, y ***On Photography***, 1973. Montserrat Soto en colaboración con Gemma Colesanti, ***Archivo de Archivos, 1998-2006***. Catalogo de la exposición con el mismo título realizada en el Centre d'Art La Panera, 2006. El prólogo de Julio Llamazares a ***Agustí Centelles***, 2006. El texto de Nelly Schnaith en el catálogo de ***Huellas. Humberto Rivas***, 2006. ***The Red Domination in Spain***, un libro de propaganda anti comunista publicado en inglés por el gobierno franquista en el año 1961.